

## Tecnología: un monstruo de dos caras

Miquel Barceló

En la mitología romana, Jano es el dios de las dos caras, el dios de las puertas, de los inicios y de los finales, del cambio (en particular de la transición del pasado al futuro). Más recientemente, la cultura popular ha incluido un equivalente a la figura bifronte de Jano en uno de los archi-enemigos de Batman, el llamado Harvey "Dos Caras" que, por ejemplo, interpretara Tommy Lee Jones en la tercera película de la serie: *Batman Forever* (1995).

La doble faz es la bandera de una curiosa dualidad y una especial disponibilidad para una cosa y su contraria. Es difícil estar seguros de como reaccionará ese Harvey "Dos Caras" ante cualquier situación, como suele ocurrir con el verdadero "Dos caras" o "Jano bifronte" de nuestro tiempo: la tecnología, informática incluida.

La moderna tecnología ha sido considerada por algunos como un nuevo Jano, un nuevo dios (o monstruo) de doble cara que muestra por un lado todo tipo de promesas y maravillas pero que, en cierta forma de manera para algunos inesperada, va mostrando con el tiempo su segunda faz: la de lo que acabamos perdiendo con la modernidad tecnológica.

Lejos de mí la añoranza del viejo "cualquier tiempo pasado fue mejor". No soy especialmente conservador y sé que prefiero vivir en un momento de la historia en la que, por ejemplo, la tecnología médica ha ampliado la esperanza de vida hasta casi los ochenta años cuando, sólo un siglo atrás se quedaba claramente por debajo de los cincuenta. Y hay muchos otros ejemplos.

Pero sé también que muchos añoran esos tiempos pasados en los que el ritmo de vida era más sosegado y tranquilo, en los que el estrés no hacía los estragos que hoy causa y en los que, en cierta forma, vivir era algo distinto, tal vez menos lleno de acontecimientos y distracciones pero, según se dice, más "humano".

Con el grupo de profesores que creó en la UPC, hace ya más de diez años, la Cátedra UNESCO en Sostenibilidad, acabamos organizando el hoy exitoso programa de doctorado sobre "Sostenibilidad, Tecnología y Humanismo" (STH). Aunque es excesivamente fácil enfrentar tecnología y humanismo, hace años que suelo actuar como propagandista de la idea que antropólogos y paleontólogos como Eudald Carbonell han defendido diciendo que lo más intrínsecamente humano es precisamente hacer artefactos y usarlos, la tecnología en suma. A veces sorprendo a mis estudiantes preguntándoles cómo llamarían al ser humano que no usara tecnología y mi respuesta siempre les sorprende: chimpancé (aunque es, en parte, una respuesta falaz ya que incluso los chimpancés, como tantos primates, usan tecnología, evidentemente, mucho más sencilla y menos sofisticada que la nuestra...)

O sea que, aún creyendo firmemente que la tecnología forma parte inevitable de nuestro ser, no se me oculta su amplia capacidad transformadora de la vida cotidiana y de cómo se convierte en una puerta inevitable para el paso del pasado al futuro, esos dominios que controla el dios bifronte Jano o, en nuestros días, el poder omnímodo de la tecnología.

Lo preocupante es que la tecnología nos ofrece maravillas sin cuento que nos estimulan a usar sus novedades (de ahí el impulso e interés por la llamada "innovación tecnológica"), pero indefectiblemente eso va a llevar al cambio en las formas de vida y al paulatino olvido de lo que parecía sólido fundamento de nuestra vida anterior. Con ello llega también el cambio de ritmo en el sentido de su aceleración cada vez más decisiva y, a veces, incluso alienante. La tecnología nos da nuevas maravillas pero, cuando nos damos cuenta, cuando posiblemente ya sea tarde para recuperarlas, nos ha quitado viejas realidades que,

estábamos convencidos, formaban parte de nosotros mismos aunque, maravillados por las novedades tecnológicas, sin querer hemos acabado abandonando.

La novedades tecnológicas (el nuevo Windows Vista, por ejemplo) se nos presentan siempre repletas de maravillas, de nuevas oportunidades que nos impulsan a usarlas pero, sólo al cabo del tiempo, descubrimos lo que se han llevado con ellas. Nos han aportado muchas cosas buenas (la cara favorable de Jano) pero nos apartan de aquello que creíamos imprescindible y plenamente establecido. Hoy, por ejemplo, disponemos de una capacidad comunicativa inédita hasta hace sólo un par de decenas de años, pero eso implica también la servidumbre de estar localizable todos los minutos del día (teléfonos móviles) o tener que contestar un creciente alud de mensajes que exigen tiempo (correo electrónico), aunque esas "incomodidades" no fueron propagadas ni publicitadas antes de adoptar las novedades tecnológicas que nos las han acarreado.

La tecnología es una gran maravilla, pero también una pesada carga.